

Benjamin Ziemann

War Experiences in Rural Germany, 1914-1923

Oxford and New York, Berg 2007 302 pp.

Tradicionalmente se ha atribuido a la Gran Guerra una excepcional capacidad para determinar los cambiantes modos de experimentación política o las innovadoras fórmulas de movilización electoral que, tras su conclusión, se convirtieron en predominantes en la mayoría de las naciones europeas. Pero, por encima de todo, la primera gran confrontación bélica del siglo XX ha sido considerada como el fenómeno que más poderosamente influyó en la consolidación de fuertes sentimientos nacionalistas de profundo carácter cohesivo, pues, al menos hipotéticamente, propició que el sacrificio en masa fuese metafóricamente transmutado en la contribución heroica de los «Soldados de la Patria» al glorioso encumbramiento de la Nación. El concepto de «cultura de guerra», entendido como la mescolanza de memorias, simbolizaciones y mitificaciones que condensaron las experiencias y sentimientos de las sociedades implicadas en el conflicto, ha servido asimismo para conferir a la conflagración mundial una enorme potencialidad en la gestación de construcciones discursivas y representaciones colectivas exaltadoras de la violencia e impulsoras del odio en las pugnas políticas. En tal sentido debe entenderse la acuñación de la noción de «brutalización de la política», concebida como el legado de prácticas violentas y justificativas del empleo de la fuerza, que contaminó las agrias confrontaciones partidistas re-

gistradas en la arena política de los años veinte y treinta de la pasada centuria. Han sido estos presupuestos, los que han nutrido las interpretaciones historiográficas ocupadas del papel desempeñado por la conflagración mundial de 1914-1919 en la irrupción de nuevos lenguajes políticos de carácter ultranacionalista y antiliberal, o en la aparición de expresiones esencialmente emotivas, mitificadas o «pseudorreligiosas» de participación en la vida pública. Muchos de los presupuestos anteriormente reseñados, han erigido a la desgarradora vivencia de los soldados en las trincheras en un elemento sustanciador, de consecuencias devastadoras sobre las viejas formas de lealtad, jerarquía, respeto y deferencia sobre las que venían descansando las prácticas de dominación elitista y oligárquica propias del liberalismo decimonónico. En tal sentido, la brutal experiencia de los frentes, la mutación sublimada de la muerte en sacrificio heroico y el súbito desmoronamiento de los signos de la autoridad y el orden auspiciado por el sufrimiento y el dolor compartidos, habrían erigido a la «generación de las trincheras» en un protagonista colectivo de cualidades genésicas y regeneradoras.

La mayor parte de los presupuestos interpretativos hasta aquí esbozados han sido objeto de una pormenorizada disección. Gracias al uso de nuevas metodologías heurísticas, han sido puestas seriamente en entredicho numerosas mitificaciones del pa-

pel desempeñado por la Gran Guerra en la modelación de fuertes sentimientos identitarios de cohesión nacional. Sobre esa misma intencionalidad revisionista, que persigue la desmitificación de los «legados» de la I Guerra Mundial, se instala el espíritu crítico que envuelve el excelente estudio de Benjamin Ziemann. En su empeño por deshacer visiones tópicas, el autor disecciona muy acertadamente el rico caudal de sentimientos, percepciones individuales, sensaciones y prejuicios vertido a través del ingente aluvión de misivas y documentos epistolares intercambiado durante el transcurso del conflicto entre los soldados y sus familiares en la retaguardia. De esta manera, se inserta de lleno en una tradición historiográfica que confiere un valor fundamental al papel desempeñado por los imaginarios, las representaciones simbólicas de la realidad y los discursos significativos, en la conformación de las visiones personalizadas del mundo y la experiencia. La obra de Ziemann desentraña un sustrato sumamente ambivalente, multiforme y heterodoxo, conformado con las expresiones subjetivizadas mediante las que los soldados interiorizaron su vivencia de la guerra y el combate. Dotado de tan valiosas herramientas, su estudio contribuye a lograr una sustanciosa depreciación de las visiones historiográficas predominantes, poniendo en duda que la atroz y sangrienta ofrenda de los soldados al esfuerzo bélico los convirtiese, una vez desmovilizados, en protagonistas decisivos de los modelos de conducta política prevalecientes en la Europa de entreguerras. A través de seis densos capítulos, la obra va desgranando la

manera con la que los actores del drama subjetivizaron su participación en la contienda, describiéndolos a través de su tránsito desde la tibieza de las expresiones de patriotismo que proliferó en los primeros días, hasta el aborrecimiento, el desdén o la extenuación que inspiraron las deserciones, el amotinamiento o la generalizada rebeldía de la fase final.

El primer capítulo desmenuza los dispares sentimientos de los habitantes de las comunidades rurales bávaras en las jornadas inaugurales de la guerra, cuando se producía el alistamiento masivo de campesinos y se sucedían los luctuosos actos de despedida de los soldados movilizados. Lejos del entusiasmo y el fervor patriótico que supuestamente se adueñó de la multitud en innumerables ciudades de la Alemania Imperial, Ziemann dibuja un paisaje más bien desolador, donde el desconsuelo de las esposas que veían partir a los campesinos se sazónaba con la propagación de innumerables plegarias, ceremonias ritualizadas de despedida de los soldados y celebraciones religiosas, en las que se consagraba el carácter providencial de la guerra y se imploraba su pronta finalización.

El segundo capítulo repasa los múltiples factores y elementos consustanciales a la movilización y la táctica militar que, lejos de propiciar la constitución de una cohesiva y uniformizada comunidad identitaria basada en el «sufrimiento compartido de las trincheras», sembraron la desconfianza mutua entre diferentes colectivos de combatientes, o gestaron expresiones de profunda animadversión entre los subgrupos de un ejército altamente heterogéneo y seg-

mentado. Así pues, el menor porcentaje de campesinos movilizados para el combate (teniendo en cuenta la importancia de su contribución a las labores agrícolas, orientadas al abastecimiento de alimentos a la población y a los ejércitos), o el trato ligeramente favorable otorgado a estos últimos en la concesión de permisos para abandonar temporalmente los frentes (especialmente en las épocas de recolección en las que se precisaba su concurso), forman parte de un rosario de componentes de carácter disolvente, que contribuyó a imposibilitar la plasmación entre los movilizados de un auténtico espíritu de camaradería y solidaridad.

El tercer capítulo afronta la cuestión capital del desaliento, la displicencia y la demoralización que se apoderó de la inmensa mayoría de los combatientes a medida que se prolongaba interminablemente la contienda. Tras el impulso ardoroso que subyugó a los iniciales lances del enfrentamiento, la consternación o la zozobra provocadas por el cruento espectáculo de la muerte en masa, y el áspero trato y la intolerable altanería con que los jovencísimos suboficiales trataban a la soldadesca, se unieron al desplome de las expectativas depositadas en un rápido desenlace. La conjunción de todas estas circunstancias devino en una generalizada difusión de expresiones de desobediencia, en la proliferación de las desertiones, o en el mucho menos frecuente amotinamiento e insubordinación de unidades, compañías y batallones.

El cuarto capítulo aborda tres cuestiones esencialísimas que desenmascaran la artificiosidad de algunas de las mitologías

interpretativas cultivadas por la historiografía centrada en la Gran Guerra. En primer lugar, este decisivo apartado señala cómo la experiencia bélica fue interiorizada de una manera enormemente dispar y heterogénea por los distintos colectivos sociales o grupos de afinidad cultural que conformaban el paisaje humano de los combatientes. Los campesinos, influidos por una mentalidad localista y enraizada en la sublimación de los valores del «terruño», mostraron una acentuada propensión a entablar amistad con los soldados provenientes de pequeñas comunidades rurales —o con los paisanos y familiares con quienes casualmente convivían en las unidades militares en las que se hallaban encuadrados—, rehusando, por el contrario, la formalización de relaciones de lealtad con otros colectivos sociales o profesionales. Asimismo, los soldados de procedencia rural eran partícipes de una simbolizada visión del mundo y la realidad profusamente influida por la cadencia temporal y el ritmo pausado y estacional propios de la economía agraria. Esto último les hizo añorar la apacibilidad y el bucolismo de la vida aldeana. En sus misivas, los campesinos movilizados difícilmente se ocupaban de la recreación de los detalles más sangrientos o escabrosos de las batallas, rehuyendo así el arrobó que insuflaba aquellas otras recreaciones literarias instaladas en una idealización sacrificial y gloriosa de la guerra, y surgidas de la pluma de soldados de clase media más instruidos, o sensiblemente imbuidos de convicciones hondamente nacionalistas. Así pues, se confirma que el peculiar entramado de imaginarios y re-

creaciones con que el campesinado interiorizó sus vivencias en los frentes de batalla le indujo a permanecer ajeno a todas aquellas enaltecidas y sublimadas idealizaciones del conflicto que lo concebían como una inmolación colectiva de tonalidades épicas, imprescindible para la defensa y el engrandecimiento de la patria. En segundo lugar se indica cómo el insoponible desamparo sufrido por las esposas y familiares de los campesinos movilizados, y los desastrosos efectos que la conscripción en masa provocó sobre las economías campesinas, allanaron el camino hacia un repunte de la religiosidad popular, al menos entre la población de aquellas comarcas agrarias que exhibían un sentimiento católico más profundo. Debido a esto último, la densa impregnación espiritualizada y religiosa que envolvió la vida cotidiana de multitud de pueblos y aldeas desbarató la posible emergencia de corrientes de enfervorecido nacionalismo o jingoísmo. En tercer, y último lugar, se indica cómo el hartazgo derivado de la permanente tensión vivida en las trincheras, y el desplome de las fugaces expectativas que tiñeron los primeros compases del conflicto, dieron paso a la postración y al desfallecimiento. Sobre una ingente multitud de soldados – incluidos numerosos campesinos – se abatió una imagen abominable de la guerra como una vituperable farsa, cuya artificiosa perdurabilidad únicamente podía satisfacer la voracidad de ganancias de los capitalistas o las ansias especulativas de los plutócratas y oligarcas.

El capítulo quinto evoca las fluidas relaciones, y el constante intercambio de in-

formación, que durante la guerra presidieron los frecuentes contactos entre los campesinos movilizados en los frentes y sus esposas y familiares ocupados del trabajo diario en la retaguardia. Para la mentalidad de muchos campesinos enrolados en el ejército alemán, la guerra no constituía sino un indeseado paréntesis, que en absoluto debería impedirles continuar prestando una especialísima atención a los problemas cotidianos de sus economías domésticas. Las adversidades y carencias provocadas por las restricciones al comercio agrícola, y la consternación causada por las requisas de productos y ganado prescritas por la economía controlada (*Zwangswirtschaft*), eran frecuentemente reflejadas en las cartas enviadas a los campesinos movilizados por sus esposas o familiares. La consciencia de estos hechos fomentó la percepción entre el campesinado bávaro movilizado del injusto y agravioso trato otorgado por el Estado alemán y las autoridades militares al sobreesfuerzo altruista que aquél venía realizando a lo largo de la guerra. Los fuertes controles establecidos para garantizar el avituallamiento de las tropas y la población residente en la retaguardia afectaron severamente a las economías campesinas. Una importante porción del campesinado bávaro juzgó las severas imposiciones para constreñir el precio máximo de los productos agrícolas vendidos en el mercado, o la incautación de animales y alimentos, como ultrajantes agresiones, que lo situaban en una desventajosa y humillante posición frente a los muy protegidos intereses de la población urbana y los asalariados de la ciudad. Con el fin de desagraviar el me-

nosprecio sufrido por sus más hondos principios, e inmerso en un horizonte de valores diametralmente opuesto a los del nacionalismo patriótico y militarista reavivado por el conflicto, el campesinado bávaro hizo gala de una airada y ufana exhibición de las crecidas disponibilidades monetarias que le reportó tanto la frecuente transgresión de los controles que gravaban sus economías como el reiterado recurso al mercado negro.

Para finalizar, el capítulo sexto constituye un convincente alegato contra la generalizada asunción del papel presuntamente cumplido por las experiencias bélicas en la adscripción de los soldados desmovilizados a las poderosas formaciones paramilitares, o a las agrupaciones y ligas de veteranos adheridas a la defensa de valores patrióticos, ultranacionalistas y antidemocráticos. Se alude a la exigua y cicatera presencia del campesinado movilizadado durante la guerra en las asociaciones patrióticas de veteranos, subrayando así su visceral desvinculación afectiva o ideológica respecto a los ideales ultranacionalistas, y con un marcado acento *völkisch*, que cosecharon un indudable éxito entre otros sectores sociales de la Alemania de posguerra. Por último, se explicitan las peculiaridades de la erección de monumentos conmemorativos de los caídos en la contienda, indicando cómo en las comarcas mayoritariamente agrarias del sur bávaro predominó una concepción acerca del carácter y la finalidad de los memoriales mortuorios agudamente influida por la moral católica y los valores tradicionales de la cultura campesina. Lejos de la espiri-

tualidad grandilocuente, hiperbólica y majestuosa que rodeó los grandes memoriales a los caídos erigidos para simbolizar un renovado culto a la Nación, los sencillos monolitos instaurados en las comunidades rurales estaban únicamente revestidos de un profundo y elemental deseo de honrar a los desaparecidos en el combate, rodeándose de aditamentos ornamentales y protocolarios propios del ritual católico empleado en la consagrada rememoración de los muertos.

Por todo lo hasta aquí señalado, el libro de Ziemann constituye una pieza esencial de la reciente historiografía sobre la memoria y las actitudes ante la guerra suscitadas por el primer gran conflicto internacional del siglo xx. Su decidida voluntad rupturista, y la heterodoxia que rezuman sus planteamientos, aportan un aire fresco a la cargada atmósfera de las visiones, largamente predominantes, construidas alrededor del carácter seminal atribuido a la I Guerra Mundial en la delineación de los comportamientos políticos de la Europa de entreguerras.

Francisco Cobo Romero
Universidad de Granada